



EL MUCHACHO
QUE NO ESTABA LOCO

Antonio Navarro Barriga

EL MUCHACHO
QUE NO ESTABA LOCO



Primera edición: noviembre 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Antonio Navarro Barriga

© Diseño de cubierta: Alejandro Navarro Muriana

ISBN: 978-84-19439-86-4

ISBN digital: 978-84-19439-87-1

Depósito legal: M-27558-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Blas, porque fuimos y seremos.

La taberna en la que trabaja Luís está en el centro de la ciudad, en su entorno hay varios edificios que albergan dependencias de la administración: del estado, comunitaria, y municipal. De modo que tiene una clientela fija y pretendidamente especial. Ser cliente reconocido de la taberna La Violetera equivale a ser alguien en el universo político, social y sobre todo económico de la ciudad. Apoyados en la barra podemos encontrar a uno o varios personajes de esos que aparecen en la televisión casi a diario, algunos de ellos son periodistas o reporteros, están a la caza y captura de alguna declaración o rumor para rellenar horas de tertulia, no importa que lo que se rumorea sea verdad o mentira, se trata, sobre todo, de aparecer en la pantalla del televisor cuanto más tiempo mejor, y si hay que faltarle el respeto al contrario pues se hace, que eso cotiza al alza en amplios sectores de la audiencia.

Tampoco suelen faltar, en La Violetera, los conseguidores de cualquier cosa, es decir, corruptos, estrategas de la malversación, emprendedores gracias al dinero de los demás. Y por supuesto, están los aspirantes a ocupar un cargo público que acabe con la penuria económica personal sin exigir demasiado a cambio. Los pretendientes de la alta política, más alta por el sueldo que por la trascendencia de la misma, exhiben sus títulos académicos, casi nunca obtenidos gracias al talento o al esfuerzo, exponen con escándalo propio de un corral de gallinas pensamientos mediocres y hasta ridículos, e intentan imponer sus criterios en base a un análisis sociológico carente de objetividad, de eso se trata, de alistarse con un pensamiento y dejar de pensar. Pese a todo, con el paso del tiempo acumulan méritos, que tienen que ver con colocarse a la sombra de quien ostenta el poder y esperar a que llegue el rayo de sol que los ilumine, entonces, oh dichoso entonces, habrá alcanzado el nivel suficiente para proyectar sombra sobre los otros.

Luís se ha dado cuenta de que la habilidad de llevar y traer información a la persona interesada, de poner la boca y el oído en el lugar oportuno, suele tener recompensa. Así se acumulan méritos, entre copa y copa, fantasías y tejemanejes. Poco tiene que ver el éxito con la capacidad de trabajo y mucho con la falta de escrúpulos. Según dice la dueña del local y lo ha dicho más de una vez pese a su discreción, algunos de los que ocupan actualmente una presidencia o algún sillón en las alturas, pasaron por ahí, ella los ha visto arrastrarse por el fango para conseguirlo.

La Violetera conserva la impronta de su origen. La historia popular dice que una famosa cupletista la abrió en 1927 para su amante, y tal vez ahí esté la raíz de una idiosincrasia que la convierte en algo diferente. Frente a los personajes públicos, que se esfuerzan en obtener la notoriedad que les ayude a prosperar —da igual a qué precio—, están aquellos otros clientes que buscan el anonimato, hacerlo en un lugar tan concurrido puede parecer contradictorio, pero es que hay vidas repletas de contradicciones. Luego están los que controlan sus fantasmas ahogándolos con vino, o quienes en La Violetera han encontrado un espacio para mostrarse tal y como son, porque en realidad el mundo de fuera, proyectado desde el interior, no tolera las diferencias. Por descontado, cada uno tiene sus horarios y sus rincones claramente delimitados, unos son de primera otros de segunda. Se puede decir que conviven en perfecta simbiosis pese a ignorarse. Todos ellos encajan en La Violetera. Cuando has cruzado la puerta de entrada todo es posible, eso sí, siempre que no seas transparente, las intenciones deben permanecer ocultas.

Luís es uno de los ocho empleados, cuatro en cada turno, los turnos rotan cada semana tras un día de descanso. Lleva poco más de un año en plantilla, va por el tercer contrato de seis meses. Según su contratante, una danesa enamorada de la ciudad, y perfectamente adaptada al estilo del país, Luís es un buen profesional, muy particular en su forma de ser, cierto, pero siempre comedido en el trato con los clientes, poco hablador, enemigo de quienes preten-

den colarse en las vidas ajenas, con tendencia a filosofar en ciertos momentos, y estricto en el cumplimiento de las normas de la casa.

Cuando Luís entra en La Violetera se pone una sonrisa —pase lo que pase fuera de ella— que resulta creíble, jamás añade una palabra de más ni un gesto de menos, es decir, que es correcto. Algunos clientes preferirían que se mostrara más servil, no lo es, motivo por el que muestran simpatía por otros y no por él, pero eso no le preocupa lo más mínimo.

Todo eso que era Luís, lo positivo y lo negativo, vino a trastocarse, saltó por los aires el día que entró un hombre de rasgos orientales en la taberna, no era el primer oriental que entraba, desde luego que no, sin embargo, a este, su manera de vestir y sus ademanes le conferirían una personalidad inconfundible. Ocupó una mesa desde la que dominaba todo el local, de una pequeña mochila sacó un cuaderno, lo dispuso como si tuviera intención de ponerse a escribir. Antes de que Luís se acercara ya lo estaba saludando:

—¿Cómo estás, muchacho?

—Bien, señor, ¿y usted?

—Ahora mejor que hace unos minutos, el tiempo en la calle es desapacible.

—Últimamente los inviernos no son calurosos —comentó sin que la sonrisa delatara el sarcasmo. ¿Qué desea tomar?

—Un vino y una tapita de queso —la mirada era limpia y profunda.

—¿Alguno en especial?

—Confío en tu criterio, creo que tú sabrás elegir mejor que yo.

Luís levanta los hombros sin dejar de sonreír y se retira. Ocurre con frecuencia, los clientes delegan en el camarero la elección, sobre todo cuando de vinos se trata, si el caldo elegido no es de su agrado echan en cara el mal gusto, por el contrario, si quedan satisfechos tal vez ni den las gracias. Mientras prepara el servicio observa que el hombre anota algo en el cuaderno. Luís se distrae dándole vueltas a la idea de que, si bien, por los rasgos, le ha sido fácil llegar a la conclusión de que es oriental —Oriente debe ser

algo más que una plaza de uniformados, se le ocurre a Luís buscando un matiz crítico a su observación—, por el contrario, por su particular manera de pronunciar sería imposible identificar un lugar de procedencia, su español reúne acentos de diversas regiones del planeta.

—Aquí tiene, señor, espero haber acertado.

—Seguro que sí, se nota a la legua que conoces bien tu trabajo.

—Es usted muy amable.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí?

Sin perder la sonrisa Luís lo mira a los ojos mientras dice:

—El tiempo es un concepto relativo, pero si necesita una respuesta para saborear el vino le diré que poco más de un año. ¿Le parece mucho o poco?

—No tengo intención de molestarte con mis preguntas. Hace tres años estuve aquí, en esta misma mesa, tú no estabas entonces. Tengo un problema con las caras de las personas y es que jamás las olvido, y, digo un problema porque mi cabeza se ha convertido en un impresionante álbum fotográfico —no dejaba de sonreír mientras hablaba—. Repito, no quiero molestar, lo que ocurre es que me gusta hablar, pienso que la vida es más agradable con una buena conversación de por medio, recorro el mundo y te puedo asegurar que en eso es igual vayas donde vayas.

—Su pregunta no es ninguna molestia para mí, espero que tampoco mi respuesta lo haya sido para usted —sella sus palabras con un gesto amable.

—No, desde luego que no, me imagino lo cansado que deber ser que todo el que entre en la taberna haga preguntas tontas.

—No todas las preguntas son tontas, señor, ni todos los clientes hablan con nosotros, no vaya usted a pensar, el día que pongamos una pantalla en la que cada cliente anote lo que desea muchos se sentirán aliviados. Hay personas que nos miran poniendo distancia, mucha distancia, es como que te perdonan la vida, supongo que no hace falta que le diga por qué, está claro, somos camareros

y no estamos en la parte alta de la escala social, mal pagados y poco considerados, así estamos en este país de servicios. Aquí tenemos una clientela muy selecta, es cierto, selecta y, en algunos casos, electa, aun así, ¿ha visto usted que en la revista *Forbes* coloquen a un camarero en los primeros puestos? —el oriental mueve la cabeza para negar y se le nota divertido—, pues eso. Aunque la mayoría de clientes son amables, educados y respetuosos. Yo digo que lo que cada persona es lo es siempre y en todo lugar, para bien y para mal. Pero también están los que hablan y hablan sin parar y no escuchan. Yo pregunto: ¿qué es peor, que te cuenten cosas que no te importan o que te demuestren que no les importas? No sé, la verdad, jode bastante que te conviertan en un ser sin alma. Entran, arrojan sus historias sobre ti y, ahí te quedas. A lo mejor alguna vez hasta dejan propina.

—Vaya, veo que cultivas el pensamiento.

—Cultivar, cultivar, no sé, tal vez eso exige mucho esfuerzo, intento comprender el mundo en el que vivo. No es lo mismo hablar que mantener una conversación, ni mucho menos. Hay monólogos y monologuistas sobre muy diferentes temas: de amor o desamor, los que se creen héroes, los triunfadores y los fracasados, los que arreglan el mundo a tiros, y los que lo hacen a besos. Son gente que cuando ven una oreja abren la boca y ya no paran hasta que no han vomitado sus males. Todo eso entra en un salario de mierda, ya ve usted.

—Tienes razón, es lo que yo pienso.

—Entonces, no es que crea que tengo razón, sino que le parece bien porque es lo que usted piensa.

—Me sorprendes, eres muy agudo: digo que coincido contigo en eso. ¿Siempre has trabajado de camarero?

—Sí, siempre que he trabajado ha sido de camarero, no hay mucho para elegir a qué se dedica uno. Y hablando de hablar, nunca he hablado tanto como hoy, no sé por qué lo hago, o sí.

—Tu sonrisa no se corresponde con las palabras que pronuncias. ¿Pareces enfadado..., o te burlas de mí?

—No, enfadado no, y lo segundo mucho menos, por qué habría de burlarme de usted ni de nadie, no, tengo claro qué soy y quién soy, si tengo que reírme de alguien es de mí mismo. Lo que sí tengo es un buen cabreo. ¿Motivos? Pues mire, no me faltan, y aunque acabo de decir que sé quién soy, no lo tenga en cuenta, la verdad es que no lo sé, nunca lo he sabido, por mis venas puede correr sangre real o de vasallo, de santo o de criminal, pero es indiferente porque no lo sé y ante el desconocimiento no puedo ejercer de tal.

—No deberías torturarte, tampoco considerarte merecedor de escarnio, eres joven y seguro que tienes muchos sueños. Eres tú, y como toda persona eres único, eso no debes olvidarlo.

—Tengo muchos sueños y hasta pesadillas, lo peor es que los sueños, sueños son, y en mi caso no parece que vayan a dejar de serlo algún día...

—No es bueno ser pesimista —el oriental se dispone a dar algún consejo, desconoce que a Luíis no le gustan los consejos.

—Depende de los motivos que cada cual tenga para ser o dejar de ser optimista, ¿no le parece? En todo caso, señor, muchas gracias por su consejo, ahora sigo trabajando, le haré caso y desde este momento pensaré que todo es maravilloso, que tengo la mejor vida posible, soy joven, los sueños se cumplen y yo conseguiré todo lo que me proponga, me miraré al espejo y diré yo valgo, eso todas las mañanas antes de salir a la calle, y, en quince días seré el hombre más feliz de este podrido mundo —se dirige a la barra sin dejar de recitar consignas—. Para qué ser pesimista si la realidad es más cabrona aún —cree que el cliente no ha oído las últimas palabras, sin embargo, ve que levanta la mano indicándole que se acerque de nuevo.

—Sé que te estás haciendo muchas preguntas, que tu búsqueda se prolonga en el tiempo sin obtener el resultado que deseas, y veo que tu estado de ánimo es bastante quebradizo, se te nota la inquietud, aun así, no dejes de buscar, intuyo que pronto tendrás respuesta, la realidad puede ser cabrona como tú dices, pero es cambiante, no lo olvides, lo que hoy está mal mañana puede estar bien.

—Y al contrario, también —añade Luís sin perder la sonrisa.

Luís se queda unos instantes mirándolo, se pregunta, exactamente de qué le estará hablando. Se pone un poco nervioso, aquel hombre parece saber algo, al menos ha visto que detrás de la cortina con la que intenta ocultarse hay un secreto. Tal vez habla demasiado, le molesta ser transparente.

—No te preocupes, muchacho, las personas podemos estar mucho tiempo buscando una puerta, con un fuerte deseo de encontrarla para descubrir qué hay al otro lado, y cuando por fin estamos delante, tenemos miedo de abrirla. No eres el único al que le ocurre, creo que debes hablar de eso que te inquieta. ¿Por qué?, te preguntarás. Pues porque hay ideas que están hechizadas, nos da miedo hacerlas palabra, sin embargo, es importante nombrarlas y deshacer el hechizo, no olvides que la fuerza de la palabra alcanza su plenitud en el momento en el que alguien la escucha con interés y respeto, si nadie atiende lo que dices hablar puede ser un acto inútil y hasta doloroso. Así pues, permanece alerta, en cualquier momento puede llegar la señal que esperas.

—¿Qué sabe usted lo que espero? ¿Es adivino?

—No, por supuesto que no, no sé qué es lo que esperas, pero es evidente que algo te inquieta y he querido darte ánimo.

—Pues muchas gracias, caballero, aunque yo no soy Sancho Panza.

—No lo he pensado, en todo caso te veo más Quijote.

El oriental observa a Luís que va y viene atendiendo a los clientes, piensa que tiene un carácter complejo, que tal vez ha interpretado que con sus palabras quiere inmiscuirse en algo que no le concierne. Nada más lejos de su intención. Lamenta que los modos de vida de la sociedad actual coloquen a la persona en la desconfianza permanente, sobre todo cuando el otro es de otra cultura.

Saborea el vino lentamente al tiempo que anota algo en el cuaderno, pasado un tiempo, con un movimiento de mano, pide que le sirva otra copa de vino, y cuando Luís le sirve solo dice, gracias.

Inesperadamente Luís se sirve otra copa del mismo vino, y con gesto amable traza un brindis por no sabe qué, ha sido un impulso, mira hacia la barra por si alguno de sus compañeros se ha dado cuenta, todos están ocupados, mejor, dice para sí.

—Esto no lo he hecho nunca, si me viera mi jefa no le gustaría nada, pero es que estoy hasta los huevos de todo —lo dice sin perder la sonrisa, luego se aparta con rapidez y oye que el oriental dice:

—Inténtalo, no es tan difícil, sigue buscando hasta que el sueño se haga realidad.

—No me gustan esas frases tan manidas, ¿sabe? —se ha girado para responder—. No quiero soñar, quiero que las cosas me sucedan cuando estoy despierto.

Mientras trabaja le da vueltas a lo ocurrido, casi no se reconoce, desde que pasó por comisaría el malestar ha ido en aumento, está irascible, ahora, más que nunca, hay cosas que le resultan insopportables, lleva tiempo haciendo un esfuerzo para no ser desagradable, sospecha que en esta ocasión ha sido maleducado. No le gustan los clientes que tratan a los camareros como si fueran incautos o miembros de un grupo inferior. ¿Lo ha hecho el oriental? No, entonces qué está pasando. ¿Por qué ha perdido los papeles de ese modo?, es la pregunta que se hace a sí mismo. Primero bebe con un cliente contraviniendo una norma explícita, y luego se muestra enfadado. Tal vez el oriental no sea más que un echador de cartas, un turista deseoso de conquistar a los indígenas con un karma deslocalizado, hay algo en él que desconcierta a Luís.

El resto de la mañana transcurre con la habitual rutina, gente que sale y entra, cafés, vinos, y alguna mirada que no esconde el deseo. Hilaridad tras los comentarios que no buscan más que romper el silencio. El oriental se ha ido pronto, se ha despedido con una ligera inclinación del torso. Luís está entregado al trabajo, comenta con los compañeros cuestiones de orden y abastecimiento, en la monotonía se cuelga la observación de Maraña, un buen compañero que siempre se preocupa por los demás.

—Luís, llevas unos días con cara de estreñido, necesitas un revolcón que te saque el mal humor.

Luís lo mira en silencio, tal vez no es la intención, no obstante, de su sonrisa emerge la indiferencia. Otro compañero interviene en un claro intento de distender el ambiente.

—Ya ves, Maraña ha tirado el cebo y tiene la caña preparada para recoger el pescadito en cuanto pique, aprovecha tío —más compañeros se unen a la broma—, lo tienes en el bote —hablan en voz baja para que los clientes no los oigan—, está tan salido que se ha hecho poliamoroso —ríen divertidos con escasa discreción.

—No eres mi tipo, Maraña, no tienes tetas, olvídate —Luís entra en el juego, aunque con poco convencimiento.

—Más quisierais vosotros que gozar con lo mío —responde Maraña en un tono más jocoso aún.

—Qué, con el juegucito de a ver quién es más macho, ¿no? —Lola es la encargada y hace un gesto para reconducir la situación hacia la atención a los clientes—. Estamos a lo que estamos, luego os la medís si queréis, ahora a trabajar.

Luís descubre que sobre la silla en la que ha estado sentado el oriental hay algo, enseguida lo recoge, es un cuaderno. ¿El mismo cuaderno en el que estuvo escribiendo mientras paladeaba el vino? Todo hace pensar que sí. Sin apenas mirarlo lo deja en un lugar visible tras la barra, se lo comenta a los compañeros por si viniera a buscarlo.

Ha pasado una semana, el cuaderno sigue donde lo dejó, no será muy importante cuando no ha hecho por recuperarlo, o tal vez crea que lo ha perdido en otro lugar, es lo que piensa Luís. No lo abre, para qué, qué le importa lo que escriba ese señor, dice que tiene demasiadas cosas en la cabeza. La ruptura con Ángela es agua pasada, a reina muerta reina puesta, lo que no está solucionado es la necesidad de buscar piso o alguien con quien compartir el que tiene ahora; lo cierto es que está cansado de compartir, siente que ya no tiene edad para eso, le gustaría vivir solo si no puede hacerlo con su familia, pagar el alquiler es algo que no se puede permitir, el

sueldo no da para tanto, como suele decir, haciendo gala de ironía: «A ver si te crees que porque trabajas tienes derecho a comer y tener casa».

Quienes lo conocen se dan cuenta de que no está bien desde hace unos días, las bromas de los compañeros son un intento de ayudarlo, lo aprecian de verdad. Desconocen que nunca ha estado bien. Es buena persona, eso no está en entredicho. Hay algo extraño en él, como un secreto, una vergüenza o un pasado que le impide la plena satisfacción. Y quién no tiene un secreto, se dicen unos a otros. Todas las relaciones que le han conocido han sido tan intensas como breves en el tiempo, y, eso le produce malestar, podría ser, aunque su éxito con las mujeres es incuestionable. Ves a saber de dónde viene ese regusto a tristeza incluso en los mejores momentos. Así que, de vez en cuando, una broma, un achuchón y ánimo, compañero. Él sonríe, se esfuerza en aparentar normalidad porque no le gusta llamar la atención. Va y viene a sus cosas. Ángela no ha sido el amor de su vida, ni es el motivo de su desánimo, poco más de cuatro meses juntos no significa mucho, los dos supieron desde el primer día que lo suyo era atracción física y nada más, así que, una vez descubierto el grado máximo de placer con el mejor de los polvos, decayó el interés. En ese terreno se siente afortunado, ha conocido a alguien que es diferente.

Entre los sonidos de los vasos, copas y botellas, las voces humanas se enredan unas con otras, Luís está acostumbrado al barullo, comenzó a trabajar de camarero con dieciocho años, han pasado quince, acaba de cumplir treinta y tres, algún día buscará otra cosa, este no es el trabajo de su vida. Hizo el esfuerzo de estudiar un módulo superior de electrónica, creyó que se quedaría en la empresa en la que hizo las prácticas, no fue así, ya ni se acuerda de cuántas veces envió su currículum a otras tantas empresas. Trabaja desde los dieciséis años en lo que puede, depende de sí mismo, antes de eso desconoce, o no quiere recordar, de quién dependía, no está interesado en aquella época. Ha sobrevivido como ha podido, prefiere dejarlo así, sin entrar en detalles. Sus ahorros jamás han superado

las cuatro cifras, seguro que en el banco no lo nombrarían cliente honorífico, si es que existiera ese título, nada cambiará a no ser que un día lo nombren ministro o alcalde, y no parece que tal cosa vaya a ocurrir, ni tiene interés, de modo que compartir piso es la única salida, a no ser que ella...

Sobrevivir es duro, al menos para él. Trabaja de camarero porque, un día, un conocido le habló de que en el bar de copas en el que trabajaba necesitaban a alguien más, y le gustó la idea, allí se presentó pese a no tener experiencia. Ya aprenderá. El jefe utilizó un criterio muy particular, según dijo, un camarero guaperas atrae clientela, aunque derrame las copas sobre la gente, con una copa en la mano las fantasías vuelan sin control. Y así empezó todo. Desde entonces su mundo se organizó en los entretiempos que dejaban las copas y los chupitos, con frecuencia lo sorprendía el amanecer con los compañeros en alguna discoteca, o en alguna habitación entregándolo todo, dejando que las incógnitas continuaran siéndolo, sexo a cambio de sexo, y no me digas tu nombre que eso no es importante. Luís es irresistible para muchas mujeres. Algún tiempo después se trasladó a otra ciudad, luego a otra y otras a continuación, recorrió el país de uno a otro extremo con una única idea, buscar y buscarse. Cambiar de ciudad es un bálsamo, necesita explorar nuevos escenarios, aunque ya está cansado lo empuja un impulso más fuerte que todos los razonamientos, es posible que no sirva de nada, aun así, tiene que hacerlo, hasta que resuelva el enigma. En todas partes hay bares, de modo que es fácil trabajar allá donde llega, no tiene tiempo para cambiar de profesión. Bares, esos lugares omnipresentes, del mismo modo que en todas partes hay vidas colgadas de un error y secretos bien guardados, hay una barra para apoyarse y llorar o cantar, así que no pierde la esperanza de descubrir qué oculta quien le dio la vida. En los bares la gente se relaja y suelta hasta lo que preferiría guardar.

La Violetera marca la diferencia con todas las tabernas de la ciudad, las características de su clientela es tal vez lo que la hace exclusiva, Luís siempre lo creyó así, si se detiene en los retazos

de conversaciones que le llegan, se pone de malhumor. Entre los clientes hay personajes relevantes, de esos que tienen la facultad de decidir cómo es y cómo será la vida de la gente. Hacen que el mundo avance o retroceda según sus propios intereses. Parece complejo, sin embargo, Luís ha llegado a la conclusión de que, si no tienes problemas morales, es fácil manipular a los demás, a la mayoría de personas le gusta que le marquen el camino y le digan lo que debe pensar.

El poder tiene mucho morbo, lo observa en su jefa que bebe los vientos por un ministro patizambo, casado y poco inteligente, además comparten negocios poco claros. Son amantes desde hace años, todos lo saben, pero lo que ocurre en La Violetera se queda en La Violetera. Hay un pequeño reservado en el que se cuecen muchas leyes, algunas nacen en pleno calentón, y aunque resulta difícil comprender la necesidad de las mismas, las imponen porque hay reparto de beneficios. Luís huye de semejante podredumbre, su necesidad es otra.

Lo que para unos pocos es importante debe serlo para los demás, parece decir el argumentario de los asesores de asesores, los hay a docenas, claro que los demás, con frecuencia, están convencidos de que las cosas no pueden ser de otra manera. El pueblo está equivocado, menos mal que estamos nosotros, dicen ellos henchidos de patriotismo, estos personajes están convencidos de ser especiales, y Luís sonríe incapaz de tragarse la rabia cuando algunos les ríen maldita la gracia. ¿El precio de la dignidad?, se ha preguntado alguna vez. La dignidad no tiene precio porque nadie la puede comprar ni vender, se tiene o no se tiene.

Esos clientes de primera categoría hablan mucho de estrategias para salir en la fotografía, idean movimientos que alteren el orden, intrigas para encumbrar a unos y sepultar a otros. Se dejan llevar por la soberbia, pecado que confunden —interesadamente— o revisten de virtud patriótica. Su meta está en conseguir que caiga el que está más arriba, siempre están preparados para ocupar el sillón vacante. Hay una política sin principios para la que no exis-

ten amigos sino buenos sueldos y muchas posibilidades, eso es lo que observa Luís en su trabajo y en la calle también. Le revuelve el estómago tanta hipocresía y lo poco que se esfuerzan en ocultar que mienten porque la mentira les da buenas rentas.

Siendo niño Luís convivió con diferentes familias, fue la etapa más dura de su vida, familias sin hijos o con hijos además de un extraño sentido de la caridad. Algunas de aquellas familias estaban muy politizadas, para bien o para mal la ideología estaba muy presente. Aprendió mucho acerca de la relación entre ideas políticas y estilos de vida.

Lo que se habla en determinadas reuniones, que tienen lugar en el reservado de La Violetera, solo la jefa puede escucharlo, los camareros oyen parte de lo que se habla fuera, nada más, son conversaciones que no necesitan privacidad, sino que, por el contrario, buscan un altavoz.

Piensa Luís que, si se hicieran públicos retales de lo hablado por esa gente en torno a una copa de vino, los cimientos del pacto social no soportarían el peso de la manipulación. El poder se fortalece con el apoyo de los ignorantes, los poderosos se creen imprescindibles, como si fueran la columna que sostiene el edificio, y desprecian el esfuerzo de quienes realmente son piedra angular. Se definen con términos rimbombantes, aunque saben que, en realidad, son un lastre para la humanidad y esperan que nadie se dé cuenta. Luís ha argumentado sus conclusiones alguna vez ante sus compañeros y lo han tomado por loco, aun así, defiende con valentía lo que piensa.

Acaba la jornada y mete el cuaderno, que ha olvidado el oriental, en su mochila, se lo lleva a casa, siente curiosidad. Pese a las reticencias primeras, cae en la tentación de ojearlo, aún no sabe los males que le acarreará ese gesto. Tiene una premonición, debe leer lo que allí hay escrito, sea lo que sea. Lo abre, son bastantes páginas escritas con una letra cuidada y un tanto barroca. «Pero si ya nadie escribe a mano. ¿De dónde sale este tipo?», se pregunta divertido. Parecen relatos. Siempre le ha gustado leer y ahora que está solo le irá muy bien algo de distracción.

Recostado en el mísero sofá abre el cuaderno y lee una primera línea:

«La ficción es un débil reflejo de la realidad, tú decides si quieres ser la realidad o el reflejo. La lucha por uno mismo no debe conocer límite».

(MYINT)

—Qué cabrón el tío, lo ha dejado para mí, seguro —Luís se queda pensando un buen rato, no acierta a explicarse por qué cree que el cuaderno es un mensaje para él, no tiene sentido, o sí. ¿Por qué lo ha dejado? La verdad es que no dice: «Tú, Luís..., si no tú decides», y tú puede ser cualquiera, pero, entonces, ¿por qué no ha ido a buscarlo en toda una semana?—. No te emparanoies, tío, puede ser un descuido —se dice.

Pasa la hoja y lee de nuevo.

Primer relato: El llanto de Afrodita

Después de diecisiete años, el mundo, su mundo, se había dado la vuelta de arriba abajo hasta hacerse desconocido para sí mismo, de no ser porque lo había vivido y sufrido segundo a segundo dudaría de que fuera real. Era una mujer de treinta y dos años, y desde hacía cinco compartía la vida, en todos los sentidos, con Patrick, gracias a esa unión se había convertido en madre de un niño.

Cuando conoció a Patrick hacía apenas un año que este se había separado, la madre de su hijo no quiso la custodia, porque hacerse cargo de un niño tan pequeño hubiera supuesto renunciar a todo lo demás, bastante complicada era la vida con su trabajo, eso, unido a que no tenía vocación de madre, y al convencimiento de que Paul estaría mejor con su padre, de hecho fue él quien quiso tener un hijo, ella no sentía ninguna necesidad, así que cuando reconocieron que la relación había llegado a su fin, lo hablaron y coincidieron en que lo mejor para el pequeño sería estar con su padre. Amy, la madre, lo vería siempre que

le fuera posible, ni siquiera tuvieron necesidad de establecer turno de visitas, hubiera sido inútil, establecieran lo que establecieran sería imposible cumplirlo, en la vida de Amy reinaba la improvisación.

Amy viajaba continuamente, pocas veces permanecía más de una semana en el mismo país, así era su trabajo. ¿Quería a su hijo? Claro que lo quería, sin embargo, dejar el trabajo hubiera sido un error. Por el contrario, Patrick se organizaba perfectamente, era funcionario, su horario era cómodo, y con su habilidad la crianza de Paul sería mucho más fácil, de modo que eligieron la opción más razonable, no la que la mayoría de su entorno esperaba, sino la que favorecía el bienestar de Paul. Los prejuicios, las críticas o la incompreensión, no importaba, los responsables de Paul eran ellos y decidieron lo que sabían que era mejor para él.

Cuando Sophie y Patrick se conocieron supieron que estaban hechos el uno para el otro, no tardaron ni dos meses en iniciar una vida en común. Sophie se enamoró de Patrick y se enamoró de Paul, sabía que jamás podría ser madre biológica por más que lo deseara, así que tuvo la certeza de que la vida la premiaba por no sabía qué. Patrick también se enamoró de ella y no dudó ni un segundo en proponerle compartir la vida entera.

El vínculo afectivo que estableció con Pol era muy intenso, el pequeño se acostumbró a ella, y ella a él. La presencia de Patrick y Paul revolucionó su vida por sí revolucionada, no tardó mucho en comprender que aquellos dos hombres le abrían la puerta a un mundo que durante mucho tiempo creyó cerrada. Le aportaron alegría, ilusión, y especialmente afecto, entre los tres surgió un amor sin dobleces, ellos eran la mejor prueba de que no se había equivocado al elegir el camino que tanto sufrimiento le acarreó. Los dos eran el centro de su vida afectiva, social y laboral, nada en sí escapaba a la fuerza y la pasión por vivir, cada instante, cada suspiro era la consecuencia de un amor único.

Sophie era auxiliar de clínica, trabajaba en un hospital público, hablaba con sus compañeras de las gracias y ocurrencias del pequeño, leía sobre pediatría y también sobre psicología infantil. Con frecuencia buscaba con quién cambiar los horarios para que Paul estuviera el menor tiempo posible con una persona extraña, y cuando terminaba el trabajo procuraba llegar a casa lo más pronto posible. Sophie era una madraza en toda regla, Patrick cada día se sentía más enamorado de ella, hablaban de las dudas o dificultades que iban

surgiendo en su relación, sin miedo. La sinceridad era la mejor herramienta para construir un sólido armazón, todas las debilidades y fortalezas encajarían en él, la vida se erguiría potente de una base tan sólida. Ambos dieron forma a la idea que tenían de familia ideal.

Luis mira al vacío, se le ha encogido un poco el pecho, respira profundo y se pregunta desde cuándo existe la familia ideal.

Solo una sombra oscurecía la vida de Sophie, en algunos momentos no podía contenerla y se extendía hasta invadir una parte de la relación con Patrick, pero lo hablaban, se abrazaban, se miraban a los ojos con la seguridad de que el sol acabaría inundándolo todo, el amor que recibía y sentía por él le daba fuerzas para afrontar, de una vez por todas, aquello que tenía pendiente desde hacía muchos años, demasiados tal vez.

Sophie temía perder la oportunidad de cerrar las heridas, las que le provocaron y las que sin duda provocó. En diecisiete años no había dejado de pensar a diario en cómo y de qué manera afrontar el conflicto con sus padres.

Si no hubiera tenido tanto miedo, si no se hubiera sentido tan culpable, si hubiera dejado de compararse con otras personas en busca de la normalidad, es posible que los acontecimientos hubieran transcurrido de otro modo, si hubiera dicho no con contundencia desde el principio, si se hubiera aceptado y reconocido que tenía derecho a ser como le diera la gana...

Qué persona nace preparada para coger el camino correcto, sin dudas, sin miedo a mirarse en el espejo y decir: «Aunque me equivoque no pasa nada». Ninguna.

Ahora todo era diferente, había tenido suerte de encontrar manos solidarias que no pidieron nada a cambio de tirar de ella para que saliera del hoyo. Quienes sí se cobraron parte de la pieza fueron unos miserables, cazadores furtivos dispuestos a sacar provecho de la debilidad. Pero ya había pasado, era otro tiempo, la vida la había puesto al lado de Patrick y le mostraba la cara más dulce y entrañable. Paul, el pequeño Paul, adoptándola como madre antes incluso de que ella lo adoptara como hijo, la ayudó a crecer. Qué afortunada se sentía, qué completa y realizada, qué suerte ser mujer y vivirlo con toda la intensidad posible. Así que había llegado el momento de poner punto final al

capítulo que llevaba abierto demasiado tiempo, no podría ser plenamente feliz hasta que no lo hiciera, no habría armonía en su vida mientras no mantuviera aquella conversación. Podía comprender los sentimientos de su madre, la angustia unida a la fantasía de pérdida. El dolor de su padre y tal vez la vergüenza, él era un hombre demasiado rígido, tal vez atrapado en el traje de patriarca en el peor sentido del término. Sophie no recordaba haberlo visto hacer un gesto de ternura a su mujer, tampoco a los hijos, ocultaba sus sentimientos por miedo a parecer débil, Sophie lo sabía.

Sin duda, cuando abandonó el pueblo, les causó un enorme daño, prefería no detenerse a pensar cómo debió ser, bastante tuvo con sus miedos y el dolor propio. Salió a hurtadillas, ni una triste nota de despedida, nada. Ni dejó ni se llevó nada, apenas unas monedas para el billete de tren. El equipaje más pesado lo conformaba el miedo y la rabia, tenía que huir, escapar de una situación que solo conducía a la asfixia. Le dolió dejar a sus padres con la incertidumbre, pero era lo mejor que podía hacer, no había otra salida, al menos con quince años no supo verla. Regresaría en busca de la aceptación, dispuesta a plantar cara a lo que entonces no se atrevió.

¿Y si se negaban a perdonarla? ¿Y si hacía aquel viaje y no le abrían la puerta? Temía ser rechazada, tener la confirmación de no ser la hija que sus padres deseaban, aquel era el temor que arrastraba desde la más tierna infancia.

Al llegar al aeropuerto había cogido un coche de alquiler, aún tendría que recorrer casi trescientos kilómetros hasta llegar al pueblo, mucho tiempo para pensar, demasiado, le había dado tantas vueltas..., sin embargo, la duda prometía ser compañera de viaje para siempre. Cuando el cartel de la autovía le indicó que estaba bastante cerca, la abandonó, tomó la carretera local en el punto más lejano posible, quería sentir la emoción del reencuentro con los paisajes antes de hacerlo con las personas. Conducía despacio, había silenciado la música para escuchar el viento entre los árboles que bordeaban los caminos. Una mezcla de ilusión y tragedia le recorría la piel, diminutas zonas boscosas le traían el recuerdo de alguna experiencia temprana, tal vez demasiado temprana, aunque necesaria. Qué habría sido de aquellos amigos de la infancia con los que descubrió los alrededores del pueblo y los límites del propio cuerpo, con los que jugó a ser la princesa encadenada a un impulso prohibido, con los

que abrió las puertas de la curiosidad y encontró que la naturaleza por error la había condenado. Tras una cerrada curva aparecieron los primeros tejados, casi todos habían perdido la chimenea, la fisonomía había cambiado, las casas eran más altas, incluso alguna zona que recordaba despoblada ahora mostraba orgullosa sus casitas ordenadas y uniformadas, era el sello de la modernidad grabado en el alma del pueblo, alterando su identidad.

Detuvo el coche aprovechando la sombra de dos enormes almeceinos, contempló con inquietud el discreto bullir del pueblo, encendió un cigarrillo, aunque hacía mucho tiempo que no fumaba, se le escaparon unas lágrimas, no se había dado cuenta de que estuviera tan triste hasta no sentir las mejillas abajo, cerró los ojos para imaginar la escena al entrar en casa de sus padres, dos secuencias: la deseada y la temida. Intentó quedarse con la buena, a pesar de que no era a la que le concedía más posibilidades.

Comenzó a preparar el reencuentro con sus padres, hacía diecisiete años que no sabía nada de ellos, sentía verdadero pánico al pasarle por la cabeza que tal vez ya no estuvieran, que se hubieran ido a la ciudad o que..., no, aquel pensamiento era demasiado cruel, no merecía ese maltrato. ¿Y si alguna enfermedad había acelerado el envejecimiento? ¿Y si se negaban a recibirla?

Algunas personas la habían mirado con curiosidad desde el interior de sus vehículos, era imposible que la reconocieran, se fue siendo adolescente y ahora era una adulta. Debería haber reservado una habitación en un hotel de la zona, tal vez sus padres le negaran posada, era una extraña. ¿Qué podría hacer? La noche se le echaría encima y no le gustaba conducir cansada, sería una locura hacerlo. Cogió el teléfono y llamó a Patrick.

—Estoy asustada, quizá no debería...

—Sé fuerte, cariño, verás que todo irá bien.

—Son diecisiete años sin dar señales de vida, pensarán que estoy muerta.

—En cierto modo así es, has resucitado.

—No debería, Patrick, tal vez sea mejor dejar las cosas como están.

—Tranquila, en tu país sois de mente abierta, tus padres se alegrarán tanto de verte que todo lo demás no les importará.

—Creo que no voy a ser capaz de presentarme ante ellos y decirles, soy vuestra hija.

—Claro que puedes, por encima de todo está el amor.

—No sé, no sé.

Cerró el teléfono y miró de nuevo al pueblo, buscó en la distancia la casa en la que había nacido y se había criado, creyó identificarla y esperó por si había alguna señal de vida. Imposible averiguar qué ocurría dentro, los recuerdos le ayudaron a organizar algunas escenas en su mente. Subió al coche, estaba nerviosa y no acertaba a ponerlo en marcha. Mucho habían cambiado las cosas en aquellos diecisiete años, tuvo que dar varias vueltas hasta llegar a la calle por la que tantas veces había correteado. No fue fácil encontrar un hueco para aparcar, antes de salir del coche se miró al espejo y comprobó qué aspecto tenía, pensó una vez más qué hacer cuando le abrieran la puerta, cómo le diría que era ella, cómo reaccionarían sus padres, debería prepararse para lo peor, aguantar que le echaran en cara el daño que les había hecho. Y si le daban con la puerta en las narices. Qué debería hacer en ese caso: suplicarles que la escucharan, gritar a los cuatro vientos el motivo de la huida, decirles que siempre se sintió rechazada; todas aquellas y más posibilidades tenía, pero no quería pensar cuál sería la reacción a la hora de la verdad.

Se detuvo delante de la puerta cuando estaba a punto de llamar, oyó voces procedentes de un aparato de televisión, llamó tímidamente, le temblaban las manos y los pies, le temblaba todo el cuerpo, sintió que se ahogaba, que no podría hablar, oyó los pasos que se acercaban a la puerta y la voz de su madre preguntando quién era. Por fin se abrió la puerta, sintió un deseo irrefrenable de abrazarse a su madre, sin embargo, se quedó paralizada, con un amasijo de palabras atascadas en la garganta.

—Mamá —dijo al fin y contempló la extrañeza en los ojos que la observaban.

—Ay, hija, creo que se equivoca, yo no soy su madre —con un gesto dejó claro que desconfiaba de una desconocida que la llamaba mamá.

—Soy Sophie, bueno..., Alberto —cayó en la cuenta de que la mujer que tenía delante nunca había sido madre de una Sophie.

—No me gusta esta broma, sabe usted.

—Mamá, soy Alberto, tu hijo, es que...

La madre sintió que el suelo se difuminaba, que perdía la consistencia y la lanzaba al vacío, Sophie reaccionó a tiempo e impidió que cayera, le ayudó a llegar hasta una silla, buscó y enseguida regresó con un vaso de agua porque

su madre intentaba hablar y no podía, acercó el agua a los labios y esperó a que tomara un sorbo. La mujer se rompió en un llanto desgarrador y Sophie la acompañó asustada.

—No puede ser, no puede ser.

—Sí, mamá, soy yo...

—Creía que estabas muerto, y tal vez hubiera sido mejor por lo que estoy viendo, que Dios me perdone, pero tantos años, tantos años y no has sido para decir que estabas vivo, o yo qué sé, algo. No tienes vergüenza, y ahora te presentas así...

—Perdóname, mamá, perdóname.

—¿Y cómo sé yo que eres mi hijo? ¿Y por qué vas disfrazado de mujer? No puede ser verdad, no puede ser. ¿Por qué has hecho eso?

—Soy lo que ves, mamá. Necesito que me perdones, necesito que me quieras, así, como soy.

—¿Y yo qué necesito? ¿Has pensado alguna vez en tu madre y en tu padre? Desapareces sin más, dejas pasar diecisiete años y te presentas diciéndome que eres Sophie. Te buscamos por todas partes, la guardia civil, la policía, la radio, la televisión, todo el mundo buscándote. Estuvimos sin dormir mucho tiempo, sin parar de llorar, preguntándonos qué habíamos hecho para que nos castigara Dios quitándonos a nuestro niño. ¿Es que no te queríamos bastante? Te dábamos todo lo que podíamos igual que a tus hermanos... Eres un sinvergüenza, un egoísta que no has pensado en lo que estaríamos sufriendo.

—No es verdad, mamá, siempre os he querido mucho, nunca he dejado de pensar en vosotros, pero tuve que hacerlo, no tenía otra salida.

—Dame un abrazo, hijo —se estrecharon en un abrazo prolongado sin dejar de llorar—. ¿De verdad que eres Alberto?

Sophie tiró del vestido y dejó al descubierto el hombro izquierdo, allí estaba la mancha en forma de hoja con la que nació, era la mayor seña de identidad que podría mostrar en aquel momento.

—Yo era Alberto, ahora soy Sophie, desde hace once años soy mujer, lo que siempre quise ser porque así es como yo me siento. No llores más mamá, te pido perdón por el daño que os he hecho, pero necesito vuestro cariño, que me aceptéis como vuestra hija que soy.

—No sé si me podré acostumbrar, si tú me dices que ahora eres mi hija lo aceptaré, pero seguiré buscando a mi hijo, parí dos varones y una hembra, y ahora al cabo de los años tengo que convencerme de que parí dos niñas y un niño. ¿Por qué me ha tenido que pasar a mí?

—No hay un porqué, es así y sobran las preguntas.

—Qué fácil es para ti, ni te imaginas el dolor que nos has hecho pasar, ganas me dan de mandarte a hacer puñetas. ¿Qué voy a hacer ahora? Ya no tengo a mi hijo Alberto, eres tú con otro nombre y otro cuerpo.

—Era antes cuando tenía un cuerpo que no era mío.

—Esto es para volverse locos... Tu padre ya no está.

Sophie sintió que el corazón se le detenía, fueron tantos pensamientos agolpados que un nubarrón negro cubrió todos los sentidos. No reaccionaba de ninguna manera, no podía llorar, ni hablar, ni mover un solo músculo de su cuerpo, parecía como si el mundo entero girara a su alrededor lanzándole dardos y ni siquiera pudiera sentir el dolor. La sombra viviría siempre con ella, nunca sabría si su padre la aceptaría o no. Pasados unos minutos rompió a llorar de nuevo, madre e hija volvieron a abrazarse.

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Por ahí, buscándome.

—No sé qué decirte. ¿Por qué no has querido ser hombre?

—Porque soy mujer.

—Pero tú...

—Eso no era más que un error de la naturaleza —se hizo un silencio—. Estoy casada y tengo un hijo.

—¿Cómo ha sido?

—Patrick es un buen hombre, me quiere de verdad. Cuando su hijo tenía un año se separó de su mujer, luego nos conocimos y desde entonces vivimos juntos, Paul es un hijo para mí.

—Qué mundo tan raro este de ahora.

—El mundo siempre ha sido igual, somos las personas las que vamos cambiando, las que hacemos que el mundo sea mejor o peor, por suerte no tengo que estar toda mi vida atada a una ridícula parte de mi anatomía.

—Ay, yo qué sé, hija, yo no puedo entender esas cosas, pero eres mi hijo, perdona, mi hija.

—No te preocupes, mamá, tú puedes llamarme como quieras, lo que me importa es tu amor, que no me rechaces, eso es lo que más temo: tu rechazo.

—Soy tu madre, pase lo que pase soy tu madre.

—¿Cómo fue lo de papá?

—El corazón se le paró, ni siquiera estuvo enfermo, se durmió y no despertó. Desde que te fuiste no fue el mismo, lloraba a escondidas y siempre llevaba una fotografía tuya en el bolsillo, y en el bolsillo se la dejó cuando... Ay, pobre hombre, ya sabes cómo era, muy bueno, sí, pero con una manera de pensar muy torpe, como era hombre se escondía para llorar, si le preguntaban por ti se echaba a reír y decía por ahí andará. Sin embargo, yo me daba cuenta de que sufría mucho, se paraba ahí, a la salida de la casa, y miraba a lo lejos, lo hacía igual cuando los árboles tenían hojas que cuando las habían perdido, era una sombra muy fea que se le había enganchado en la mirada, para él era lo mismo cuando llegaba el día que cuando llegaba la noche. Eso era porque había perdido la ilusión, porque le faltaba su niño del alma, puedo ser muy bruta, pero me daba cuenta.

—Por favor, mamá, no me des esos detalles, me siento muy mal, espero que me haya perdonado.

—No sabes lo que hemos sufrido sin saber qué había sido de ti, las noches en vela esperando oír que llamabas a la puerta, las barbaridades que nos hemos imaginado, las lágrimas que hemos derramado. Nos levantábamos un día tras otro con la esperanza de que ese día entraras por la puerta para estar juntos de nuevo.

—Me lo imagino y me duele que así haya sido, para mí también fue duro. Fue duro desde que tengo memoria, me pasaba las noches soñando o imaginando que dejaba de ser niño, que Alberto no era más que una pesadilla. Lo primero que hacía al despertar era ponerme delante del espejo desnudo, y allí estaba aquella cosa empeñada en mostrarme que no tenía escapatoria.

—Yo sabía que no eras como otros niños, pero rezaba para que al crecer dejaras de hacer cosas impropias. Cuando le decía algo a tu padre se enfadaba, me decía que todo eran imaginaciones mías.

—Yo era su mayor decepción, lo supe desde siempre, le daba vergüenza que hiciera o dijera alguna cosa que no debía hacer un macho. Machote, me decía, él no podía saber cómo me dolía aquella palabra, me hacía caer en la cuenta de que yo no era lo que se esperaba que fuera.